

PANORAMA ACTUAL DEL SINDICALISMO

La configuración social del trabajo y del trabajador no puede alcanzar sus perfiles precisos ni puede acceder a un proceso de inteligencia adecuado sin que se tenga una idea clara de las grandes transformaciones que ha sufrido en la última etapa social y política el sindicalismo en el mundo. Transformaciones que afectan a la nueva dinámica de la acción social, al concepto eternamente renovado de las clases sociales y sus elementos conflictivos, el funcionalismo de las estructuras culturales y sociológicas, al nacimiento de una nueva clase trabajadora, dotada de una nueva mentalidad y de nuevos medios operativos. Un panorama actual del sindicalismo, más que el resultado de la historia del sindicalismo en sí, nos aparece como un salto hacia nuevas metas, en las cuales permanecen, sí, algunas reivindicaciones económicas y sociales básicas, como fin de la organización sindical, pero adquieren un acento predominante ambiciones de índole distinta: de mentalidad política y cultural, de integración y participación en tareas distintas, de cambios operativos en un ambiente dominado por los condicionamientos de lo que se ha venido en llamar universo de la tecnoestructura.

Solamente en el ámbito de un nuevo funcionalismo cultural, económico y productivo se puede considerar hoy en día el lugar que ocupa el trabajo y el trabajador en los límites del sindicalismo y la acción sindical. La Era nueva en la cual la sociedad actual se consideraba instalada, está tocando a su fin. Antes de que llegase a definir sus perfiles, estos se difuminan y pierden sus límites y situaciones radicalmente nuevas, se crean destinadas a ofrecernos una edad continuamente nueva, renovada, dinámica y sustancialmente inestable. Esta continua inestabilidad y apertura a las transformaciones se inscribe en una dialéctica que ya es definitivamente de nuestro tiempo. La dialéctica socialización-sindicalismo. El primer elemento de la alternativa, la socialización, parece el que domina la época. Pero su propio dominio se alimenta de la inseguridad, está abierto continuamente al caos. De forma que el sindicalismo, con todos sus avatares y crisis, no es extraño que aparezca para muchas miradas como elemento esperanzador, integrador, fórmula aún virgen, para las permanentes alienaciones que configuran el mundo del trabajo

y el trabajador. Al mismo tiempo, ha aparecido un nuevo factor importante en esta configuración: el cambio radical de la naturaleza de la empresa industrial. Este cambio ha hecho que aparezcan una serie de instituciones que la más avanzada sociología contemporánea alemana llama «instituciones de frontera». Algo con lo cual no contaba ni el sindicalismo clásico, ni la lucha de clases, ni los elementos de la socialización practicada hasta ahora. Estas instituciones de frontera se insertan, como observa Dahrendorf, en el «triángulo constituido por el *management*, los obreros y los Sindicatos». Un ejemplo de ellas es el Consejo de Empresa que se introduce hoy en el triángulo y que precisamente en Alemania o en otros lugares donde se ha empleado no ha logrado definir bien su papel en los términos de una sociología conflictiva o en los fines de una conciliación necesaria en el universo del trabajo o de la producción (1). A los conflictos políticos se agregan los conflictos industriales o conflictos típicos de la economía de producción y consumo.

En la dinámica social de nuestro tiempo, el concepto de función y funcionalismo ha llegado a alcanzar una especial importancia. Se trata de un concepto que desempeña un papel preponderante en las nuevas teorías de la sociedad. El sociólogo que hace con mayor éxito y poder persuasivo hincapié en él es, sin duda alguna, Parsons (2). Parsons ofrece el concepto funcional de la acción, una serie de «contextos» operacionales, entre los cuales ocupan un lugar destacado el contexto cultural y el contexto social. Entre estos dos contextos se establecen relaciones fundamentales. Todo lleva a un nuevo funcionalismo social, donde la noción de estructura está presente de un modo peculiar. Tiene razón Rocher en presentar la teoría social de Parsons como un análisis elaborada «del sistema social y de la organización social en términos de estructura y de función». Todo nos lleva a la teoría funcional de la cultura a cuya elaboración Bronislaw Malinovski ha consagrado páginas concluyentes en su *Teoría científica de la cultura*. En una época en que la función del trabajo y el lugar que ocupa el trabajador en el contexto social, incluso la misma acción sindical como expresión del mundo del trabajo y de las aspiraciones del trabajador, tienden en conjunto a inserirse en un proceso vasto de institucionalizaciones, el tema del funcionalismo no debe resultarnos indiferente. El esquema que Malinovski emplea para la dinámica cultural es el mismo que los funcionalistas estructurales como Parsons utilizan para la

(1) Cfr. DAHRENDORF: *Gesellschaft und Demokratie in Deutschland*, cap. «Conflicto y ansia de síntesis».

(2) Cfr. T. PARSONS: *Theories of Society* (en colaboración), The Free Press of Glence, Inc., New York, 1961; sobre la obra de PARSONS, cfr. bibliografía en GUY RÔCHER: *Organisation sociale*, Ed. HMH, Points, Paris, 1968, págs. 203-204; cfr. T. PARSONS: *The Structure of Social Action*, Mc. Graw Hill, New York, 1937.

dinámica social. Función, estructura e institución, son elementos integrantes de un esquema cultural global, «una totalidad que nosotros no podemos fraccionar, aislando los objetos de la cultura material, la sociología pura o el lenguaje en cuanto sistema autónomo» (3). Trasladados los conceptos al sistema y la acción social, como lo haría Parsons, «la estructura se torna la resultante del proceso de institucionalización» y en la función y la estructura se buscarán los elementos del equilibrio, la evolución y la dinámica social. Se toman en consideración, bajo una diferente perspectiva, los cambios de equilibrio y los cambios de estructura que «afectan la naturaleza del sistema entero» (Rocher).

* * *

La cuestión de la dinámica social en sus conexiones con la acción sindical y el destino del sindicalismo en general, nos llevan al terreno de las mutaciones sociales que se registran en función no de un cambio de equilibrio sino de un cambio de estructura. Este cambio se ha producido, en primer lugar, en el concepto de empresa y del llamado «capitalismo de organización». Luego en el concepto de clase social en términos generales y de clase obrera de un modo específico. La dinámica sindical, tanto en sus perspectivas históricas como en sus perspectivas estructurales, puede ser definida hoy solamente en la medida en que se tenga una idea clara de estos cambios. El sindicalismo está condicionado y hasta cierto punto determinado por el proceso tecnológico y de industrialización. Dentro de este proceso el sindicalismo organiza su lucha y sus reivindicaciones. Pero es este proceso mismo, en su crecimiento, el que produce a su vez los períodos de esplendor, decadencia y recuperación en nuevos términos del sindicalismo. Hoy la acción sindical, en una sociedad industrial avanzada, presenta síntomas de crisis —lo que no quiere decir que su papel haya acabado— precisamente por tener que colocar su acción en el interno mismo de la empresa tecnológica y restablecer sus nuevas conexiones, tanto con la nueva clase de los *managers* como con la nueva clase obrera y las instituciones que continuamente nacen en el límite de las actividades económica de la empresa nueva o de las actividades políticas de los nuevos grupos de presión (4). Nos hallamos de lleno en lo que Raymond Aron llama

(3) Cfr. BRONISLAW MALINOWSKI: *A Scientific Theory of Culture and Other Essays*, capítulo «La teoría funcional». The University of North Carolina Press, 1944.

(4) Cfr. SERGE MALLET: *La nouvelle classe ouvrière*, Seuil, París, 1969; HUBERT LESIRE OGREL: *La syndicat dans l'entreprise*, Seuil, París, 1967.

con término feliz «dialéctica de la socialización» (5), forma típica de la llamada con tanto, aunque dudoso, éxito, la «dialéctica de la modernidad». A medida que la empresa capitalista está sometida a cambios radicales, crece la fascinación de los mitos de la propiedad colectiva y de la autogestión obreras, paralela a la condena de la sociedad de consumo, de las nuevas formas de alienación y de neutralización de la idea del trabajo. La situación se nos presenta así, en la tesis de Raymond Aron, en los términos de su «dialéctica de la socialización»: «Con el mito de una nueva Era gracias a la propiedad colectiva de los instrumentos de producción, se ha esfumado la vieja ilusión de la autogestión obrera. Retrospectivamente se perciben con claridad las tres orientaciones posibles del socialismo: la de la toma del Poder por el partido así llamado proletario; la de las reformas en el marco de una democracia parlamentaria; la de la revolución por el sindicalismo mismo en el lugar del trabajo» (6).

Aron mismo señala los fracasos espectaculares de las fórmulas socializadoras inspiradas en una teoría ideológica propia. El soviétismo hace aumentar la alienación y sujeción material de los trabajadores «a los imperativos de la técnica y el rendimiento», suprimiendo las libertades sindicales y políticas. La segunda fórmula sería, en términos generales, la escandinava, donde las libertades políticas y sindicales se han mantenido con dignidad. Pero tampoco ella ha realizado los objetivos de lucha del sindicalismo revolucionario, ni en los progresivos países escandinavos, ni en otros países avanzados industrialmente en el mundo occidental. Estos objetivos implicaban la identidad entre función productiva-obrera y función patronal con la transformación de la gran empresa en una «Comunidad de trabajo». En estas condiciones, y bajo esta perspectiva, el sindicalismo sigue siendo una fórmula abierta, aún sin consumir en experiencias económicas de producción y consumo. Lo cierto es que allí donde las fuerzas se han desarrollado libremente, y la planificación no ha sido del Estado, sino de la gran empresa, parecida en su «tecnoestructura» al Estado planificador, aunque dotada de otros estímulos e instrumentos, en definitiva la gran masa de trabajadores no ha participado en la planificación, y allí donde las experiencias se han planteado ha rechazado el principio de la autogestión o comunidad del trabajo. Hasta ahora la función de la gran masa de los trabajadores se concentra allí en las dimensiones del consumo. No son el capital privado acumulado, ni la acción gestora de las masas trabajadoras, los factores que aseguran la gran empresa planificada. Para esta fun-

(5) Cfr. RAYMOND ARON: *Les désillusions du Progrès*, cit., cap. «La dialectica de la socialisation».

(6) RAYMOND ARON, *Ibid.*, pág. 137

ción aparecen nuevos elementos de la sociedad, los gestores de la economía, que son los que transforman la gran empresa en la sociedad libre occidental o la empresa estatal en la sociedad totalitaria comunista.

Se nos dice, sin embargo, que el fin de los mitos no significa «el fin de la esperanza». Lo que quiere decir, en otros términos, que la función del sindicalismo no ha acabado. Pero en la mentalidad y la acción del sindicalismo se han operado cambios fundamentales. Antes, su acción contribuía a la industrialización y se oponía a la empresa capitalista, con el fin de reivindicar la mejora de las condiciones y estructuras del trabajo y de las condiciones materiales del trabajador. A medida que la sociedad tecnológica se ha instaurado y la mayor parte de estas reivindicaciones se han realizado, al sindicalismo se le plantean nuevos problemas. ¿Cuál ha de ser la actitud del trabajador en la nueva gran empresa universalizada? ¿Le conviene o quiere ser partícipe en su vida de gestión? ¿Se da cuenta de su papel en el mecanismo económico nuevo que pasa cada vez más de las manos patronales a las manos gestoras? ¿Le conviene rebelarse contra el hecho de que ya no es cada vez más factor determinante de la producción, sino que es cada vez más factor decisivo del consumo? ¿El espíritu revolucionario que determinaba antes la esencia del sindicalismo puede resucitar en estas condiciones tan radicalmente nuevas? ¿Logrará el trabajador que ha conquistado la estabilidad material y el tiempo libre, vivir satisfecho, sin un espíritu de rebelión? ¿Está destinado a transformarse en elemento conservador o encontrará nuevos objetivos de lucha en nombre de un nuevo espíritu de dignidad y libertad?

El fenómeno nos lleva a las raíces mismas de la acción sindical en sí. Se plantea, una vez más, la cuestión si lo que está en juego, en definitiva, es el obrero entendido como *homo oeconomicus*, o como protagonista de la época en que vivimos. En este ámbito se presume que el trabajador, nuevo elemento dinámico de la Historia, posee en su mentalidad anhelos más profundos que un simple conformismo a la dirección protectora y sabia de los demás, objeto de los *mass media* y rueda de un gigantesco engranaje del sistema producción-consumo. La situación, y la situación misma del nuevo sindicalismo en la sociedad postindustrial, depende de dos categorías grandes de factores. De la estructura de la empresa actual, que es operativamente la gran empresa, y de la evolución del sindicalismo y la mentalidad sindical en los diferentes centros de la tierra. Estos dos aspectos fundamentales conviene analizarlos en su perspectiva histórica y en su estructura, en función de un proceso de interdependencia inexorable en su aportación a los cambios fundamentales del universo de la tecnoestructura.

* * *

Para definir la función histórica del sindicalismo conviene partir de un principio que, en definitiva, es un punto de llegada en la perspectiva de hoy, y que Alain Touraine resume así: «Acción sindical e intervención política han contribuido igualmente a la institucionalización del conflicto industrial. Se puede, se debe subrayar los límites que ella conoce aún, sobre todo en países como Francia e Italia, donde la existencia de secciones sindicales de empresa sigue sin ser legal (lo es en Francia después de la huelga de mayo de 1968). Sin embargo, estas reservas no pueden no llevar a negar la importancia capital de los éxitos obtenidos. Sin volver sobre los aspectos más conocidos del desarrollo de las negociaciones y de la protección legal de los asalariados, nos parece indispensable insistir sobre una consecuencia importante de esta evolución. Ella está indicada claramente en el lenguaje sociológico por la importancia creciente del concepto de *organización*. Aplicado primero al dominio técnico y sobre todo al nivel del puesto de trabajo y extendido luego a la administración, después a la gestión de las empresas e incluso del sistema económico, nacional o regional, él ha adquirido cada vez más un significado social, indicando la autonomía de un nivel de la producción, intermediario entre la ejecución técnica y el sistema de decisión» (7). La cosa nos lleva a considerar la situación histórica y sustancial del sindicalismo en un momento en que, por un lado, parece haberse alcanzado la «paz sindical» y la «paz industrial» y, por otro lado, surgen nuevas motivaciones de una sociología industrial de naturaleza conflictiva.

La permanencia de los elementos conflictivos, aunque cambiadas ya sus motivaciones, ofrecería una constante de continuidad en la historia del sindicalismo. Nuevas formas de combate implican nuevos tipos de reivindicaciones, nuevas exigencias libertadoras para el trabajador, nuevos deseos de desalienación y nuevas dimensiones de la eterna lucha por el Poder en el seno de la sociedad. El conflicto y la mentalidad conflictiva aseguran nuevas formas de dinámica sindical que la evolución de la gran empresa industrial parecía haber encerrado en un vasto proceso de conformismo consustancial con la sociedad y la economía de consumo.

La situación se presenta como situación típica de la sociedad industrial o en sus formas más o menos avanzadas. Industrial puede ser definida hoy en su fundamentación tanto la sociedad antes capitalista como la sociedad socialista. El epíteto «industrial» forma parte de los elementos que integran el concepto de la «convergencia» puesto en circulación por Duverger. Esta convergencia es un punto geométrico fijado en relación con la evolución tanto de

(7) Cfr. ALAIN TOURAINE: *La Société post-industrielle*, Denoël, Paris, 1969, páginas 56-57.

una como otra de las sociedades mencionadas. También este concepto implica una idea conflictiva, de combates, antagonismos e integraciones sucesivas. Detrás de él está la planificación, la gestión, el consumo, la gran empresa, como signos definidores de la sociedad industrial. Y está, sobre todo, la idea de la organización, idea racional que los sociólogos han heredado, todos, de la teoría weberiana de la sociedad. Duverger fija el marco evolutivo en estos términos: «La socialización del Oeste será, acaso, más larga y más difícil aún que la liberalización del Este. Pero parece igualmente imposible de evitar. Ella no seguirá probablemente la vía trazada por el marxismo. La lucha de clases se afloja antes que agravarse, en las sociedades industriales, y la revolución proletaria se torna tanto menos posible por cuanto nadie posee ya el espíritu revolucionario y el proletariado está en trance de desaparecer. Sin embargo, tres hechos masivos se desarrollan, cuyas consecuencias los occidentales no parecen alcanzar: la superioridad técnica de la producción planificada sobre la producción capitalista; la imposibilidad de construir la verdadera comunidad humana sobre la base de los principios capitalistas; en fin, la desvalorización misma de estos principios» (8).

La situación ha cambiado bastante de ritmo desde que Duverger ha formulado su teoría. La planificación y la idea de la gran empresa se han impuesto cada vez más. Norteamérica en su evolución nos ofrece un ejemplo clarificador en este sentido. Un ejemplo donde el sindicalismo parece también sufrir su mayor crisis histórica, por faltarle los objetivos de una acción dinámica de naturaleza conflictiva.

En efecto, la idea conflictiva está en la base misma de la historia del sindicalismo en sus centros históricos de desarrollo. La evolución del sindicalismo nace, como se ha dicho, junto con los principios teóricos de la *democracia política* del siglo XIX y alcanza su plenitud o cumple vaciando su contenido de reivindicaciones, con la *democracia social* del siglo XX (9). Lo que es discutible hoy en día es el hecho de si se puede confundir la democracia social con la democracia sindicalista, como lo hace Lefranc. La democracia social contiene algo más que el triunfo de las reivindicaciones del sindicalismo y que el reconocimiento de nuestra civilización como civilización del trabajo. Es cierto que Burdeau critica la democracia política bajo una óptica sindicalista. En esta democracia, según Burdeau, «la clase trabajadora no está en el régimen, el poder establecido no es su poder» (10). Pero si en la demo-

(8) Cfr. MAURICE DUVERGER: *Introduction à la Politique*, Gallimard, París, 1964, páginas 370-371.

(9) GEORGES LEFRANC: *Le Syndicalisme dans le monde*, Coll. «Que sais-je?», Presses Universitaires París, 1969, pág. 5.

(10) Cfr. BURDEAU: *La démocratie*, Ed. Seuil, París, 1966, pág. 81.

cracia social los trabajadores han alcanzado su dignidad material y el sindicalismo ha satisfecho sus reivindicaciones, esto no quiere decir que el poder, que es la esencia de la política, pasa a manos de los trabajadores o de los dirigentes del sindicalismo. La democracia social implica la desaparición de la autonomía individual, la inmersión del hombre en lo colectivo, la conversión de la «masa» en una «realidad sociológica autónoma». Si por una parte el trabajador ha adquirido su libertad económica, el gregarismo ha aumentado y con él han aparecido otros tantos «objetos de maldición». Se busca, en un nuevo contexto, la realización del individuo trabajador a través del grupo. Se afirma que la exigencia hacia la libertad individualista, el hombre la reivindica sólo en la medida en que su situación lo mantiene alejado de su dignidad humana.

Lo cierto es que la edad del sindicalismo, una edad de lucha que dura más de un siglo, ha creado en el trabajador una mentalidad nueva. Una mentalidad de lucha y esperanza en primer lugar. Una mentalidad típica del final de un sistema social que Burdeau define con las palabras de Valéry: «El individuo busca una época agradable en la cual sea lo más libre y lo más soportado posible. El la encuentra hacia el comienzo del final de un sistema social.» Ha sido en los inicios de un crepúsculo de época social y en la gestación de la civilización industrial donde el trabajador ha conocido su dolor, su esperanza, su voluntad de combate y sus posibilidades. Durante unas cuantas generaciones su liberación material ha sido alcanzada. Pero también la conciencia de su propio poder. Por ello, es inconcebible que la sociedad del bienestar le ofrezca la realización de sus fines definitivos. Ciencia y técnica le han dominado al principio, le han liberado luego y tienden a volver a dominarle en nuevas formas. Sobre todo en el terreno del poder y de la persuasión mental. Es natural que un ser humano que ha tenido las pruebas de su poder propio de conquistar libertades no detenga sus anhelos libertadores en las bienaventuranzas materiales del bienestar, con sus reconocidas ventajas, con sus crecientes, múltiples y llenos de incógnitas, inconvenientes.

* * *

Se ha hablado de una continuidad entre la «concepción política» del siglo XIX y la «concepción sindicalista» del actual. Pero se ha hablado también de una ruptura histórica. El propio Lefranc se pregunta si más que continuidad no ha habido, al contrario, una ruptura «entre la democracia que no quiere reconocer más que al individuo» y la que crea nuevos «cuerpos intermedios» entre el individuo y el Estado. Si la democracia de masas, sindicalista, ha

triunfado sobre la democracia individualista y si el Estado y el Sindicato no han cambiado su estructura de forma que el sindicalismo llegue a subordinarse al Estado. Lo cierto es que estamos lejos de la primera etapa del sindicalismo nacida, como decía Sidney y Beatrice Webb, de la necesidad «de mejorar el contrato de trabajo de los trabajadores». Un panorama actual del sindicalismo no puede prescindir de la evolución histórica del sindicalismo obrero del cual Lefranc nos ofrece una síntesis sustancial (11).

Gaetano Mosca veía en el sindicalismo, junto con la dictadura del proletariado y el absolutismo burocrático, una degradación de la política como arte de gobierno (12). Para el sociólogo italiano en auge en los años 20 se acercaba una nueva Era de barbarie en la política. En su diagnóstico el sindicalismo estaba presente en el primer plano. Detrás de él estaba una larga y agotadora historia.

El sindicalismo obrero nace, en efecto, en Gran Bretaña en 1720, con la asociación de los maestros sastres, cuyo fin consistía en «aumentar sus salarios y abandonar el trabajo una hora más temprano». Se ha hecho coincidir el nacimiento del sindicalismo con el comienzo de la edad industrial. En realidad, la mentalidad sindicalista precede y en cierto modo provoca el industrialismo. «El sindicalismo —escribe Lefranc— no salió del maquinismo por filiación directa. El factor determinante no es la transformación técnica sino el divorcio entre el trabajo y la propiedad de los instrumentos de producción» (página 8). Antes de aparecer la máquina, donde tiene lugar este divorcio, nace la idea de la organización sindical. Otra particularidad consiste en que no fueron los grupos más desheredados los que se organizaron sino las profesiones mejor dotadas económicamente. Como todo proceso revolucionario, también la acción sindical nace no específicamente de una situación de miseria o desequilibrio social y económico, sino de un principio organizativo y de sus condicionamientos. Las tesis de Augustin Cochin sobre la génesis de las revoluciones, se le pueden aplicar perfectamente a la génesis del sindicalismo, como proceso típico en la evolución de la sociedad occidental, al llegar ésta a un concepto definido del trabajo y del trabajador, como auténticos elementos de la Historia.

Por ello, S. y B. Webb, ven la gestación del sindicalismo, no en una acción de cólera ante la injusticia social, sino en la conciencia de que el universo del trabajo profesa sus leyes propias, y la conciencia de «cierto grado de independencia personal y de fuerza de carácter». La gestación de la idea del

(11) LEFRANC, Op. cit., págs. 7 y sig.

(12) Cfr. GAETANO MOSCA: *La classe politica*, Laterza, Bari, 1966, pág. 282.

trabajo es, por otra parte, algo específico de una edad de la cultura en que el humanismo y el concepto mismo del hombre entran en crisis (13).

La conciencia sindical y la acción sindical nacen en los obreros protegidos ya tradicionalmente por organizaciones profesionales corporativas, obreros que más que reivindicar nuevas situaciones económicas quieren mantener sus pequeños privilegios establecidos por las costumbres. En este espíritu se organizan las primeras uniones de Inglaterra. «Sus móviles son conservadores, no revolucionarios» (Lefranc). En este espíritu el mundo del trabajo no exige libertades, sino declara su lucha al liberalismo mercantilista naciente, que pone en peligro su propia existencia en el espíritu de las «guildas» y las corporaciones. Las uniones quieren defender gradualmente a los asalariados. Ellas serán reconocidas legalmente, con derecho de asociación en 1825, derecho que obtendrán en Francia apenas cincuenta años más tarde. El fenómeno se extiende en Gran Bretaña bajo el impulso de la acción promovida por Robert Owen, con el cual nacen las famosas Trade Unions. El fenómeno crece a lo largo del siglo XIX, pero sin que en su dinámica entre la ideología de la lucha de clases. Sin embargo, el derecho de huelga deja de ser un delito colectivo en Gran Bretaña, apenas en 1875. Mutualismo, trade-unionismo, fabianismo, laborismo, sindicalismo nacional, combinan su acción e integran el sindicalismo inglés durante el último siglo, sin que el socialismo o el sindicalismo revolucionario aparezcan en su evolución como factor político o dinámico determinante.

Características propias presenta el sindicalismo francés. «El hombre que trabaja, nada tiene», escribe en 1748 Montesquieu en *L'Esprit des lois*. Su nacimiento coincide con la famosa ley Le Chapelier (10 de junio de 1791), la cual, en realidad, es un acto sindical, por reconocer sólo al asalariado individual y prohibir un principio sindical básico: la asociación colectiva, la idea corporativa, la huelga, la organización sindical y la acción obrera colectiva. El Comité de Salud Pública fijaba en aquel momento así su política en materia sindical: «Intrigantes, colocados por enemigos exteriores en los talleres, incitan al desorden, retrasan los trabajos, hacen perder tiempo a los obreros, siembran el desconcierto, provocan movimientos, caldean los espíritus. Para hacer frente a sus intrigas, desde ahora en adelante todas las coaliciones o reuniones de obreros son prohibidas. Los obreros que tuvieran quejas por formular, dirigirán sus memoriales a la administración de que depende cada taller. Los agrupamientos que podrán formarse serán dispersados, los instigadores arrestados y castigados según la ley».

(13) Cfr. MICHEL FOUCAULT: *Les Mots et les Choses*, Gallimard, París, 1966; cfr. GEORGE USCATESCU: *Proceso al Humanismo*, Ed. Guadarrama, Madrid, 1968, páginas 53 y sig

Es curioso que las dos grandes revoluciones modernas, encierran en su propia esencia, la negación del sindicalismo como principio de base de la acción obrera. Sin embargo, el mundo del trabajo industrial impone en Francia la asociación obrera, que se desarrolla clandestinamente hasta mediados del siglo XIX. En 1860 aparecen las comunas sindicales. El derecho sindical es reconocido por el Parlamento francés sólo en 1884.

En el campo de la lucha aparece el sindicalismo revolucionario, encabezado luego por Sorel, cuya influencia en las revoluciones del siglo XX es indiscutible. En el campo de la organización sindical, la Confederación General del Trabajo, que integra «a todos los trabajadores conscientes de la lucha que hay que llevar para la desaparición de patronos y asalariados». Tampoco en el sindicalismo francés destaca la idea característica revolucionaria de la lucha de clases. En este sentido, el sindicalismo galo se une o se integra en el socialismo de tradición típicamente francesa, colocado frente al marxismo. Su momento culminante fue la Comuna, sometida luego a la «falsificación marxista» (14). En este proceso brillan los nombres de Fourier, Saint-Simon, Pecquer, Louis Blanc, Blanqui, Proudhon, los «socialistas utópicos», de Sorel o Jaurés. El socialismo y el sindicalismo francés, considerados víctimas tanto del marxismo como del capitalismo, pero sobre todo «reconsiderados», sometidos a la alteración histórica gigantesca *a posteriori* por el marxismo, son ahora aislados en forma de realidad específica, que ofrece nuevas formas dinámicas al espíritu revolucionario de hoy. La filiación de este proceso se busca hoy en los contestatarios de mayo, cualquiera que sea la imprecisión romántica de sus actos y sus fines, su debilidad intelectual heredada de aquel conformismo burgués que ellos pretendían suplantar, marcando los orígenes de un movimiento de índole «casi metafísica» o «religiosa, que no perseguía nada menos que salvar a la humanidad» (15).

Se trata de una tradición que lleva a Gracus Babeuf, figura en la cual ven igualmente un precursor, socialistas, sindicalistas, comunistas y revolucionarios utópicos. En él se ve, en perspectiva, «la acción revolucionaria hecha hombre: él le ha sacrificado todo, incluida la vida» (Robert Aron, pág. 127). La segunda figura es la de Saint-Simon, cuyo influjo en la acción revolucionaria y el movimiento obrero del siglo XIX, es inmenso. Se puede decir perfectamente que Saint-Simon es el primer espíritu revolucionario que alcanza las nuevas dimensiones de un mundo que se abría ante su mirada: el mundo del trabajo. En el centro de este mundo está el trabajador, o «productor»,

(14) Cfr. ROBERT ARON: *Le Socialisme français face au marxisme*, Grasset, París, 1971, pág. 279.

(15) *Ibid.*, pág. 13.

protagonista de un gran sueño social que nunca ha dejado de encender los espíritus. Los discípulos de Saint-Simon vivirán este sueño hasta sus últimas consecuencias (16). Por otra parte, la síntesis entre la figura del productor y la aparición de la gran empresa, síntesis que se plantea hoy en términos de absoluta actualidad, nace en la doctrina de Saint-Simon y de sus discípulos. Tan actual, o más si cabe, aparece la figura de Proudhon, en la configuración del mundo del trabajo y del lugar del trabajador hoy en día. Proudhon y Sorel son dos figuras de la historia del movimiento obrero francés, cuyas ideas recobran su juventud, cuando gran parte de las experiencias del socialismo marxista se han consumado.

* * *

Mientras en Inglaterra y en Francia el sindicalismo tiene su trayectoria al margen o en contra del marxismo, no se puede decir la misma cosa del sindicalismo alemán. Antes del Congreso de Gotha, donde se reúnen en acción común, en 1875, discípulos de Lassalle y Marx, el sindicalismo alemán se manifiesta en brotes aislados. Desde Gotha, el sindicalismo alemán adquiere perfiles socialistas, principalmente de ideología marxista. Pero dentro de la ideología marxista el sindicalismo tendrá una esfera de acción limitada. Así lo proclamaría Karl Liebknecht en 1893: «Todos somos partidarios de los Sindicatos. Pero no queremos imaginar que ellos solos podrán jamás derribar la fuerza del capital. Este no podrá ser destruido en su propio terreno. Hay que arrancarle de las manos del poder público, y ello no es posible sino por la lucha política». El marxismo condenará el reformismo sindical y pretenderá, desde Alemania, dirigir la revolución mundial del proletariado industrial. «La preponderancia, en el teatro del mundo, había dicho Marx, del proletariado alemán sobre el proletariado francés sería al mismo tiempo la preponderancia de nuestra teoría sobre la de Proudhon.» Sin ofrecer aspectos descolantes en su acción específica, como sindicalismo revolucionario al estilo de Sorel, o sindicalismo anárquico al estilo de Proudhon, o de una parte del sindicalismo español, italiano o ruso, el sindicalismo alemán se ha ido abriendo hacia una forma de disciplina social que no le ha abandonado hasta nuestros días. El sindicalismo alemán ha tenido siempre esta tendencia, que culmina hoy en lo que Dahrendorf llama la «utopía industrial» o la «democracia industrial» (17). «Si el sentido de la democracia industrial, es-

(16) Cfr. SEBASTIÁN CHARLETY: *Histoire du Saint-Simonisme*, Ed. Gonthier, Mediations, París, 1965, pág. 282.

(17) Cfr. RALF DAHRENDORF: *Gesellschaft und Demokratie*, cit., cap. «Conflicto y ansia de síntesis».

cribe Dahrendorf, consiste en evitar la guerra civil industrial, a saber las huelgas y los paros, entonces la República federal no tiene necesidad de temer la confrontación con otros países. En ella, desde el final de la segunda guerra mundial, el número de los huelguistas y parados, el número de los trabajadores que han tomado parte en las huelgas y el número de las jornadas de trabajo perdidas a causa de conflictos sindicales ha sido mucho más reducido que en todos los demás países con quien se compara.» Refiriéndose a la historia del movimiento obrero en Alemania, Dahrendorf observa que la historia alemana está determinada por tal movimiento solamente durante dos años: desde 1918 hasta 1920. El destino del sindicalismo alemán es considerado un destino «trágico», porque siempre en la historia del movimiento obrero alemán, el sindicalismo ha acabado sus esfuerzos y su aventura, en la aventura del Estado o de la empresa, grande o pequeña. El sindicalismo alemán ha vivido y vive en «el miedo de los conflictos y la aspiración hacia la síntesis», factores que han contribuido a disminuir sus energías y llegar a nacionalizarlos o abolirlos.

Un lugar aparte ocupa el sindicalismo en la historia contemporánea de los Estados Unidos. Por otra parte, su destino actual allí, bien definido por Galbraith, en su estudio sobre el Estado industrial, se nos antoja como una realidad arquetípica del sindicalismo en la sociedad del mañana, en el mundo libre. El primer Sindicato constituido en Estados Unidos fue el de los impresores de Nueva York. Su modelo es el modelo inglés trade-unionista. Aparecen primero los llamados «caballeros del trabajo». En 1881 se constituye en Pittsburgh la «Unión de los tipógrafos», que será la base, en 1886, de la «American Federation of Labour». Hay una escisión entre los anglosajones y los inmigrantes alemanes, que siguiendo la tradición socialista rechazan el Estado capitalista «de plano». La A. F. I. está dominada desde sus orígenes hasta 1924 por Gompers. Es una organización centralista, fuerte, que admite y defiende el orden existente y está dirigida por una fuerte personalidad. A Gompers sucederá en este papel John Lewis, *leader* de los mineros, que afirmaría: «La Trade Union forma parte integrante del sistema capitalista. Es un fenómeno capitalista, al igual que una sociedad anónima». No es extraño que el sindicalismo llegue a la situación actual en el ámbito de la gran empresa norteamericana, característica de la planificación y la tecnoestructura, como veremos más adelante.

Características comunes definen al sindicalismo activo en el plano internacional. Primero, la profesionalidad sindical de sus dirigentes. Luego su gradual identidad con los intereses grandes del Estado capitalista o gran empresa en un ámbito, con el Estado socialista en otro ámbito de acción.

En muchos países, el sindicalismo deviene fuerza del orden, como nos ofrecen ejemplo la República de Weimar, Estados Unidos, Inglaterra. En cuanto a Rusia, después de la revolución, se sabe cuál fue la suerte del sindicalismo y los Sindicatos. «Lenin está convencido que, dejado a sí mismo, el sindicalismo cae necesariamente en un estrecho cooperativismo o se desvía hacia el anarcosindicalismo sin porvenir. Para que sea de otra forma, hay que subordinarlo al partido político. Lenin no admite la presencia en los Sindicatos de obreros no afiliados al partido. No despreciar el sindicalismo, pero no concederle valor propio; hacerlo penetrar de espíritu marxista, pero no imponerle una etiqueta política, tales son los principios de la estrategia sindical de Lenin. Pero ellos valen para la agitación anticapitalista que precede a la toma del poder más que para la edificación socialista» (18). Hemos visto cómo en Rusia el Estado se ha apoderado de la acción sindical. Por otra parte, el sindicalismo ha sido, en el plan de la lucha revolucionaria mundial, un instrumento de la internacional comunista. La Federación Sindical Internacional proletaria roja, fundada en 1921, se compenetraba con los objetivos de la Tercera internacional. En el plano internacional, aparecen en la misma época y actúan los Sindicatos cristianos y el sindicalismo reformista con objetivos empiristas y de acción sindical inmediata y pragmática. Los Estados totalitarios integran los Sindicatos en su acción política, fenómeno del cual no se evade tampoco el New Deal rooseveltiano en América. «El sindicalismo, escribirá Lefranc, ha nacido federalista. El ha sido marcado cada vez más —algunos dirán desviado— hacia la centralización. ¿Es irreversible esta evolución? ¿La formación de conjuntos internacionales y la diferenciación del trabajo sindical en el marco nacional pueden ser el preludio del renacimiento de un cierto federalismo?» (19).

En la postguerra la acción sindical avanza en profundidad en los países de libre empresa. El profesionalismo sindical aumenta igualmente. En algunos países la tentación política es permanente, en otros los objetivos de la acción sindical se conforman a la evolución de la gran empresa. Desde el concepto de la huelga general revolucionaria, hasta la integración en el proceso de la producción, esta ha sido la trayectoria del sindicalismo en el mundo. Se puede decir que, si por una parte su conformismo con los objetivos del Estado y la gran empresa es hoy grande, sin embargo, brotes revolucionarios nuevos y

(18) Cfr. LEFRANC, Op. cit., págs. 43-44.

(19) Cfr. GEORGES LEFRANC: *Essai sur les problèmes socialistes et syndicaux*, Payot, París, 1970, pág. 8.

con nuevos objetivos resurgen, como una llamada de los orígenes y como voz de protesta contra las contradicciones de la gran sociedad y la sociedad de consumo.

* * *

La evolución del sindicalismo no puede ser enjuiciada prescindiendo de la evolución del capitalismo. Mientras del «capitalismo industrial» ha ido naciendo el «capitalismo financiero», se han operado grandes concentraciones económicas de la empresa y el Estado ha aumentado su intervención en la economía, el sindicalismo «ha desbordado la clase obrera», se ha introducido en la «clase terciaria en pleno desarrollo» y se ha convertido en «sindicalismo de masa» (20). El sindicalismo está muy lejos de ofrecerse a sí mismo los objetivos que en los Congresos Tercero y Cuarto de la Internacional le fijaban Bebel y Jules Guesde. «La acción específica de los Sindicatos es la presión económica, mientras la acción de los partidos es política, por cuanto persigue la conquista del poder político a saber, de gobierno del Estado.» Esto lo decía Bebel en 1893. En 1897, Jules Guesde decía a su vez: «La acción parlamentaria es el principio socialista por excelencia. No es de la acción corporativa de donde debemos esperar la toma de posesión de los medios de producción. Es preciso, ante todo, adueñarse del poder que monta la guardia en torno a la clase capitalista».

Durante su larga historia, el sindicalismo se ha planteado siempre el problema de sus conexiones revolucionarias, cuya doctrina más excelsa fue la de Georges Sorel. Hoy sigue siendo una cuestión presente en las interferencias entre sindicalismo y el movimiento de la contestación estudiantil o en el sindicalismo que coloca en crisis los principios mismos de la organización industrial, como ha ocurrido en los últimos años en Italia (21). En este sentido se vuelve al tema del papel político del sindicalismo, en auge al principio del siglo. Tema contradictorio, «conceptualmente inseguro», como afirma Pizzorno. Más aún, se afirma que hoy la distinción entre acción política y acción sindical se hace todavía más difícil que en el pasado. La distinción se complica por las modificaciones operadas en las últimas décadas en la estructura económica de la empresa capitalista estatal. «La distinción precisa, se nos dice, entre el papel político de los partidos y el papel económico de los Sindicatos,

(20) Cfr. GUY ROCHER: *Le changement social*, Ed. HMH, Points, París, 1968, página 51.

(21) Cfr. ALESSANDRO PIZZORNO: «Les Syndicats et l'action politique», en *Sociologie du Travail*, número abril-junio, Seuil, París, 1971, págs. 115 y sigs.

podía tener al comienzo del siglo una significación en la medida en que era posible distinguir entre el mercado y el Estado, y también porque se creía entonces en la posibilidad de una oposición política auténticamente revolucionaria en el interior del Estado nacional. Dos condiciones que hoy ya no se dan. Su desaparición, al mismo tiempo que el desarrollo de una participación sindical en las instituciones estatales, forman parte probablemente del mismo síndrome, la constitución progresiva del Estado nacional en unidad económica» (22).

En este sentido se ha observado una distinción evolutiva entre Europa y los Estados Unidos. Mientras en el Viejo Continente nunca se ha precisado la acción política en misión directa del sindicalismo o si éste la realiza mediante los partidos políticos, en América «desde hace treinta años, una colusión cada vez más precisa se ha afirmado entre los Sindicatos y el partido demócrata» (Pizzorno). Esta incerteza global ha hecho que muchas veces la unidad sindical aparezca rota. Los elementos tecnológicos y de organización han influido también en aumentar la confusión de los propósitos. La sociedad industrial ha podido avanzar a ritmo acelerado sólo en la medida en que ha logrado la paz social mediante la integración sindical en la vida del Estado y de sus instituciones, y en una etapa última en la vida de la gran empresa. El Estado ofrece, a su vez, a los Sindicatos, cantidad de ventajas: legislación social, política favorable a los asalariados, reconocimiento de la influencia del Sindicato como grupo de acción social. Pero estas mismas ventajas han contribuido más de una vez a la ruptura de la *unidad sindical* y, en definitiva, a la crisis general del sindicalismo como fórmula de acción social y revolucionaria.

La estructura interna del sindicalismo se ha modificado profundamente. A esta modificación ha contribuido el nacimiento de la gran empresa del capitalismo industrial y financiero, la planificación estatal de la economía, la culminación de las exigencias sindicales en el desarrollo de la sociedad de consumo. Las nuevas posibilidades del sindicalismo y la acción sindical habrán de ser examinadas en este contexto. Se trata de un contexto que acaba en la ideología de la gran sociedad, plenitud de la sociedad industrial y la tecnestructura. Conviene aclarar cuáles pueden ser los términos del conflicto en la gran sociedad, ya que dinámica social sin conflicto sería inconcebible. Marcuse ve en esto una especie de situación límite, en su crítica de la gran sociedad. «La sociedad industrial más avanzada —escribe— se siente la más directamente amenazada por la rebelión, porque allí la necesidad social de la represión y de la alienación, de la servidumbre y la heteronomía es lo más manifiestamente innecesaria e improductiva bajo el aspecto del progreso hu-

(22) *Ibid.*, pág. 119.

mano» (23). Se afirma que la sociedad industrial avanzada «niega la noción tradicional (y la posibilidad) de individuo mientras lo perpetúa y lo exalta ideológicamente». Una vez más, Marcuse ataca los equívocos lingüísticos del tiempo presente. Se exalta la función progresiva y productiva del individuo, al mismo tiempo que la «individualidad» está superada por las formas nuevas de productividad y organización, y la autonomía personal es considerada un «freno» más que un «vehículo» del progreso. En esta nueva sociedad, el hombre que trabaja no es ya sujeto de su trabajo y no alcanza a ser sujeto de su tiempo libre. Todo lleva a una gran ambigüedad situacional de la gran sociedad. En esta situación esencialmente ambigua se encuentra la acción sindical como expresión objetiva del mundo del trabajo en la sociedad de la tecnoestructura o que hacia la tecnoestructura se orienta.

* * *

Aparentemente, en esta forma de sociedad, el conflicto sindical acaba en lo que Dahrendorf y Schelsky llaman el «trauma» del «ansia de síntesis». Una situación en que la «experiencia primaria, que es algo que está aún lejos de ser búsqueda científica, viene modelada *a priori* por categorías de la ciencia, y donde la ciencia y realidad se funden en la autoconciencia del hombre» (24). En el capitalismo financiero, el elemento motor ya no es el individuo. «El individuo, escribe Galbraith, sirve al sistema industrial, no aportándole sus ahorros y su capital, sino consumiendo sus productos. De otro lado, no hay ninguna actividad política, religiosa o moral para la cual se le prepare de manera tan completa y tan estudiada y tan costosa» (25). El nuevo Estado industrial, el Estado arquetípico americano de la tecnoestructura, ofrece la imagen más actual de la crisis del sindicalismo por consunción de sus objetivos históricos. Galbraith ofrece un análisis completo de la situación. En el centro de este análisis está la gran empresa, en la cual el conflicto sindical parece acabar y el universo del trabajo alcanza sus objetivos y sus reivindicaciones. En esta sociedad, el capital y el ahorro y las inversiones están fuera del alcance del consumidor. Sus detentadores son, en Occidente, la gran empresa; en el Oriente socialista, el Estado. Ellos son también los planifica-

(23) Cfr. HERBERT MARCUSE: *Ideen zu einer Kritischen Theorie der Gesellschaft*, capítulo «El individuo en la gran sociedad». Suhrkamp Verlag, Frankfurt am Main, 1969.

(24) Cfr. H. SCHELSKY: *Ortsbestimmung der deutschen Soziologie*, Düsseldorf-Köln, 1959, págs. 192-194.

(25) Cfr. GALBRAITH, New York, 1967, cap. «Planificación y formación del capital».

dores de la economía. Galbraith nos ofrece ejemplos de lo que es la gran empresa en América, tipificada en la General Motors, Standard Oil y la General Electric. La imagen de lo que es una gran empresa es indefinible. Tan indefinible como lo era cuando el autor de este texto comprobaba, estudiante de doctorado en la Facultad de Derecho en Roma, hace casi treinta años, cómo sesudos juristas que trabajaban en la inserción del antiguo Código italiano de Comercio en el nuevo Código civil, llegaban a la conclusión que, normativamente, la empresa comercial «no existía».

Sin embargo, esta empresa ha cambiado la faz del mundo. Ella ha planificado la economía occidental con mayor éxito y espectacularidad que el Estado socialista. Se ha convertido en organismo gigantesco, asimilable al del Estado socialista, pero donde se afirma la existencia, de por sí discutible, de la iniciativa privada. Para estas grandes empresas, tecnológicas, planificadas, el Estado es el comprador principal, y el *manager* o director es la figura espectacular. Es una organización mastodóntica, parecida al Estado mismo, concentra en sus manos poderes y beneficios impresionantes, representa la esencia misma de la sociedad industrial definida por la tecnoestructura. Su complejidad, en la planificación y la tecnología, la hace inmune a «interferencias externas». Sus propios beneficios le ofrecen posibilidades financieras de las cuales puede disponer sin traba alguna, sin dar cuenta a nadie. Su autonomía descansa en la autonomía de la tecnoestructura. En ella domina la «liturgia americana» del hombre de negocios, que ya no es el propietario de la empresa o del capital, sino el administrador. Un poder al cual pueden acceder grupos cada vez más amplios de individuos preparados. Una coherencia orgánica anima la existencia de la gran empresa, en la cual se expresa la tecnoestructura. Ella descansa en la seguridad, en la precisión de sus objetivos y sus fines, en su éxito, en su permanente crecimiento de innovación técnica y económica, permanente, en su autonomía, en la política de control de precios industriales y de la demanda global, en la promoción del trabajo y del nivel de los trabajadores.

A medida que la planificación y la tecnología imponen sus métodos y su dominio, la tecnoestructura instaura su poder en el mundo. El fenómeno es universal, y Galbraith lo define sugestivamente: «Resulta que a la curiosidad desconcertante de un capitalismo sin el control del capitalista responde la de un socialismo sin control de la sociedad». En el seno de la tecnoestructura, las motivaciones del productor son distintas que hasta ahora. El productor, organizado en Sindicato, ya no tiene enfrente la empresa clásica de tipo capitalista. En el productor que beneficia de los avances y ventajas materiales de la tecnoestructura, disminuye la fidelidad al Sindicato y aumenta la identificación con el espíritu, ya despersonalizado, de la empresa. Ante el avance

del proceso de automatización, se produce una disminución de las adhesiones sindicales de los trabajadores. La identificación con la empresa está en función del aumento de salarios, el confort físico en el trabajo y el interés en el mismo. «Gracias a esta identificación, nos dice Galbraith, y a la eliminación concomitante del poder sindical, la planificación industrial gana en seguridad. El coste de salarios es previsible. Ya no hay riesgo de que la fuerza del trabajo falle en caso de huelga. De donde se deduce que incluso si el proceso de automatización es más oneroso, la identificación que deriva de él y las facilidades crecidas que la planificación privada encuentra en ella, la hace rentable. Estos dos resultados son seguramente elementos de importancia primordial para quien quiera valorar las perspectivas de las relaciones del trabajo en el sistema industrial.»

Con la aparición de la gran empresa, de la planificación y producción tecnológica, en el espíritu de la tecnoestructura, el sindicalismo ha dejado, casi sin que nadie se percatara de ello, de desempeñar el papel de Goliath. Así lo ven hoy los estudiosos del movimiento sindical americano (26). En el sistema industrial, el papel de los Sindicatos y la función del sindicalismo tienen necesariamente un nuevo planteamiento. Galbraith afirma que en el sistema industrial hace tiempo que los Sindicatos han detenido su marcha y han iniciado el retroceso de su fuerza. Su acción es menos militante, su influencia política menos operante. Los convenios colectivos han cerrado las compuertas de la edad conflictiva y han abierto los horizontes de la paz sindical. Galbraith afirma que no se trata de un fenómeno transitorio, sino de una decadencia «permanente» del sindicalismo como tal. No se trata de paz de gran nivel entre dirigentes, sino de armonía de intereses fundamentales, de una conciliación de base: «Todos los cambios estudiados en esta obra (27) —escribe Galbraith—, la transferencia del poder del propietario y del empresario a la tecnoestructura, el progreso tecnológico, la regulación de los mercados y de la demanda global, los imperativos de la regulación de precios y salarios, todo ello ha tenido un efecto sobre la situación del Sindicato. En todos los casos, su papel se ha encontrado disminuido».

La tecnoestructura ha modificado las motivaciones de la antigua lucha entre Sindicatos y patronos. Ella ha sabido sacrificar sus beneficios en provecho de la necesaria paz sindical. Y no siempre, la tecnoestructura, por sus propias características, ha tenido necesidad de sacrificar estos beneficios para mantener el nivel de los salarios. Ella ha sabido hacer incidir ambos en los

(26) Cfr. SALOMON BARKIN: «The Decline of the Labour Movement», en *The corporative Takeover*, Andrew Hacker, Harper, New York, 1964, pág. 263, cit. GALBRAITH.

(27) *The new Industrial State*, cit.

precios y el aumento del consumo. La tecnoestructura está siempre mucho más abierta a las reivindicaciones sindicales, que su antecesora, la empresa patronal. Es su interés mantener contenta a la masa trabajadora con o sin acción sindical a la vista. Todo ello hace que los Sindicatos pierdan en este terreno su poder. Y no es de extrañar que, en cuanto organización centralizada, el sindicalismo americano busque los resortes de su propio poder en otros terrenos. Uno de ellos es el terreno de la acción política. Es enormemente sugestiva la acción sindical última en Norteamérica, contra la política exterior del Presidente Nixon. Organización que debería ser por su naturaleza, internacionalista y abierta a las exigencias del mundo obrero fuera de su propio país, el sindicalismo norteamericano defiende, sin embargo, ante Nixon una política aislacionista y nacionalista. Una política de cierre de fronteras económicas y políticas, de restricción de la ayuda exterior, de disminución de las corrientes políticas expansionistas o de desarrollo del Tercer Mundo y del mundo subdesarrollado. Objetivos estos que quieren ser objetivos políticos a falta de otros de envergadura, y que en muchos aspectos son contradictorios con los fines del sindicalismo contestatario de otros lugares del mundo. En ningún país ha habido menos interdependencia entre el movimiento contestatario estudiantil, contra la política del poder, la sociedad de consumo y su expansión, y la acción sindical, que en los Estados Unidos de América en estos años.

La situación del sistema industrial americano insertado en la tecnoestructura, ha llevado al hecho de que los trabajadores se han alejado de la acción y la organización sindical. La acción sindical y su aporte a la creación del sistema industrial con su elevación de nivel salarial y de vida, ha contribuido ella misma a crear este contexto de hechos. Por otra parte, la misma acción sindical y su inserción en los objetivos de la tecnoestructura, al mismo tiempo que han humanizado y dignificado el trabajo, han hecho que el trabajador considere con recelo dos grandes objetivos del sindicalismo en su filosofía: la participación de los obreros en la gestión de la gran empresa y la nueva realidad del ocio, realidad cargada de incógnitas y considerada como fuente de debilidad moral y social. Por todo ello, economistas de vanguardia como Galbraith, consideran que los Sindicatos, de indiscutible interés en la creación del sistema industrial, ya no podrán desempeñar su función en el ámbito de la tecnoestructura. Su acción al dejar de tener una base conflictiva, se deteriora y tiende a desaparecer. El número de sus afiliados disminuye. Los cuadros se debilitan. En el pasado reciente los Sindicatos participaron en las grandes acciones del Estado y la gran empresa: la planificación, la política de regularización de la demanda global, la estabilización, política de precios y salarios. Así se ha llegado a una situación paradójica en la cual «el

sistema industrial ha logrado, por una amplia maniobra envolvente, desbordar el movimiento obrero. Ha puesto fin a ciertas funciones suyas entre las más importantes y ha reducido considerablemente su campo de acción. En cuanto a las actividades que conservan los Sindicatos, las ha sujetado muy ampliamente a sus propios fines. Después de la segunda guerra mundial, el hecho de que la empresa industrial haya aceptado el Sindicato y que haya gestado una era de relaciones industriales relativamente pacíficas es saludado como el triunfo supremo del sindicalismo. Viendo las cosas de más cerca, nos damos cuenta de que es una victoria que «se parece con mucho a la de Jonás sobre la ballena» (Galbraith).

En lugar de los Sindicatos nacen nuevos cuerpos de acción social: educadores y especialistas en investigación científica. Ellos son auxiliares de primer orden de la tecnoestructura en íntima conexión con la organización del Estado. Seguramente si de alguna parte surgieran en el futuro problemas para la tecnoestructura, será antes que de los Sindicatos, de estos mismos nuevos cuerpos especializados, a los cuales la tecnoestructura se siente de verdad tributaria. Estos mismos cuerpos serán, por naturaleza y formación, adversarios de una de las manifestaciones más patentes de la tecnoestructura: su manejo de los «mass media», sus atentados esenciales contra la individualidad y la humanidad espiritual del hombre. Hubo un tiempo, en la edad del New Deal, de alianza entre los Sindicatos y los «intelectuales», con fines de acción política. Es posible que los «especialistas» hoy en progreso, desempeñen en un futuro no muy lejano el mismo papel. Por otra parte, estos «especialistas» tendrán siempre mayor agilidad en el acceso a los cuerpos y la acción política, que la tecnoestructura, con su carácter natural, colegial, apolítico.

* * *

La misma «paz sindical» que Galbraith descubre en la tecnoestructura del sistema industrial americano la constata Dahrendorf en el sistema alemán. Se refiere el sociólogo alemán al programa social-demócrata de 1959, de Bad Godesberg, programa de «orden», «orden estatal», «valores fundamentales de la democracia», «responsabilidad del Estado». El conflicto, elemento vital de la dinámica social, desaparece, según Dahrendorf, del contexto de la acción sindical alemana en los últimos veinte años. Se confunde «la integración social con la armonía social». Todo ello implica, en el lenguaje de Marcuse, la idea de la represión. La democracia industrial coloca su peso en las instituciones del Estado y la empresa industrial. Se trata de «una política de

renuncia a sí misma». Esta renuncia, los Sindicatos la han alcanzado insertándose en la utopía industrial, al devenir copartícipes del Estado y la empresa. Han renunciado al conflicto, dejando de ser ellos mismos. Dahrendorf ve en ellos una «especie de deseo político de muerte», un impulso «tanático» que afecta al sindicalismo. Esta es la situación de una «institución» más que centenaria.

La sociología francesa del trabajo plantea esta cuestión al levantar el problema concreto de «reconocimiento actual de la sección sindical de empresa». Problema éste en tela de juicio también en otros países, donde la paz sindical, por otra parte, no se ha alcanzado, como por ejemplo en Italia. Al tratar este problema en Francia, Hubert Lesire descubre una situación de auténtica paradoja. Nunca se ha pedido tanto, afirma este autor, al sindicalismo y nunca se le ha negado la presencia en lo más esencial del sistema actual: la empresa. «Asociar los Sindicatos a la planificación, querer asociarlos a la política de beneficios, pedirles de actuar "como partícipes sociales responsables" y al mismo tiempo no crear, al nivel elemental donde se funda su autoridad —las empresas— condiciones normales de existencia: esta es la paradoja que se nos ofrece con demasiada frecuencia como espectáculo» (28).

Es esta una situación específica, pero sintomática, que se ignora en Estados Unidos, Inglaterra, Benelux y Alemania y que en Francia constituye base de una apasionante polémica de vanguardia sindical. Al llegar a su plenitud el sindicalismo ve en ella la contestación de la misma libertad sindical en su base. La empresa francesa posee en este sentido perfiles propios. La vida sindical se desarrolla en su seno de modo diverso que en otros países. La negociación directa excluye en muchos casos importantes la negociación sindical. Hay, en esto «grandes empresas fuera de la ley» y «sindicalismo clandestino». Se habla de una reforma básica de la empresa. Sin embargo, los fines máximos del sindicalismo se han alcanzado en el terreno práctico y la crisis del sindicalismo proviene también esta vez de causas distintas que la falta de éxito en las reivindicaciones económicas. El problema que se plantea en profundidad es el de la «institucionalización del conflicto industrial» (29). En otras palabras, de la interdependencia entre la acción política y la acción sindical. La ilegalidad de las secciones sindicales de empresa en Italia y en Francia, agudiza este conflicto y le imprime carácter de permanencia. Pero también en estos países el sistema industrial está adquiriendo los caracteres de la tecnoestructura. La complejidad de la organización de la empresa, donde los elementos

(28) Cfr. HUBERT LESIRE OGREL: *Le syndicat dans l'entreprise*, Seuil, París, 1967, página 11.

(29) Cfr. ALAIN TOURAINE: *La Société post-industrielle*, cit., págs. 56 y sig.

sindicales están presentes en la organización y entre los factores de decisión, hace que el conflicto industrial se perpetúe y se sustituya rápidamente al conflicto social de clases. Se trata de un conflicto que tiene caracteres de conflicto «funcional». Pero el elemento de clase no está del todo ausente en ello. Se trata, además, de la tan estudiada clase de los directores, de una nueva clase obrera, destinada a cambiar la estructura del mundo del trabajo y del sindicalismo.

La nueva clase obrera ha nacido también en una situación sociológica de conflicto, en relación con la clase, igualmente nueva, de los tecnócratas. Centros de poder, diseminados en el mundo en manos de los tecnócratas, implican una nueva «plebe» desarrollada a escala planetaria. «Lo mismo en el interior de la misma nación, la distancia crece entre los elementos centrales y dominantes, instalados en las grandes organizaciones, y una nueva plebe, sometida a los cambios que soporta, a la publicidad y propagandas, a la desorganización de los cuadros sociales anteriores» (30). Los tecnócratas o burócratas, que son una nueva clase, aún por definir, a la cual algunos, como Dahrendorf, no le conceden la patente de «clase media» y la consideran «clase de servicio» hacen, por su propia función, que aparezca una nueva clase obrera. Ya no se trata de una clase proletaria. Sus conflictos no son ya conflictos sociales, sino adquieren una forma nueva, en cierto modo funcional y organizativa. Son conflictos que plantean desde su fundamento, el problema de la libertad de la persona humana. Conflictos que nacen de la idea de la protesta ante mil nuevas formas de condicionamientos del hombre en la nueva sociedad. Nace un movimiento social antitecnocrático. De protesta contra la reducción de los fines a los medios, contra el sistema tecnocrático y la despolitización de la clase obrera. El sindicalismo, demasiado ligado a la empresa tecnocrática, participa difícilmente en este movimiento, de la esencia misma de las mismas formas de conflicto. Pero no por ello la nueva clase obrera deja de existir y convertirse en un nuevo elemento del conflicto, en un ámbito autónomo, de la misma institución sindical. Por ello, en mayo de 1968 se habló en Francia de «antagonismos en el seno de la misma clase obrera y no entre obreros y estudiantes» (31). Se habla aún de una nueva conciencia de la clase obrera de su «rabia por sufrir el proceso tecnológico en vez de dominarlo». La sociedad industrial es aceptada por ella como parte integrante de sí misma. Pero en la sociedad industrial el obrero adquiere una nueva conciencia de sí mismo. Quiere ser, como observa Touraine, «sujeto histórico»

(30) *Ibid.*, pág. 79.

(31) Cfr. SERGE MALLET: *La nouvelle classe ouvrière*, Seuil, París, 1969, pág. 15.

con una «nueva conciencia creadora» y una «exigencia de considerar toda realidad social como producto del trabajo» (32).

Los síntomas de una nueva conciencia del trabajador, en una sociedad que aparentemente responde a sus exigencias materiales y las llena, son aún incipientes. Pero ellas forman parte no sólo de un acto de protesta, de una dinámica social conflictiva, sino de la permanente exigencia del hombre de evadirse de su situación de consumidor y de beneficiarse de un orden de trabajo y ocio establecido siempre por otros. Orden en el cual el trabajador, al cual todos llaman protagonista y sujeto de la Historia, no es sino un objeto de todas las ideologías, las tecnocracias y las planificaciones. Sobre todo de las planificaciones, obra de domingo de los tecnócratas, que pretenden sustituir la gran jornada bíblica del ocio, a los seis días, también bíblicos, de la Creación.

JORGE USCATESCU

R É S U M É

Un panorama actuel du syndicalisme, plus que le résultat de l'histoire du syndicalisme lui-même, se présente comme un désir de nouveaux objectifs dans lesquels, bien que persistent quelques revendications économiques et sociales, prédominent par contre des ambitions de caractère différent —quelque chose comme une nouvelle mentalité politique et culturelle—, une intégration et une participation dans des tâches différentes, des changements efficaces dans une ambiance dominée par les conditionnements de l'univers de la technostucture. Dans l'histoire classique du syndicalisme, se sont introduits de nouveaux éléments de fonctionnalisme culturel, économique et productif, à l'image de ceux dont parlait le sociologue Parsons en son temps et des récentes études de Dahrendorf à ce sujet. L'action syndicale correspond à une nouvelle dynamique sociale, à une authentique dialectique de la modernité. Cependant, les éléments conflictifs sont toujours là et la technostucture ne peut pas les éliminer.

Pour définir la fonction historique du syndicalisme, il convient de partir d'un principe, qui en définitive est un point de départ et d'arrivée en même temps, selon lequel, dans le fait syndical, l'action syndicale ausssi bien que l'intervention politique considérée de l'intérieur comme de l'extérieur, ont contribué équitablement à l'institutionnalisation du conflit industriel. Bien que la "paix syndicale" et la "paix industrielle" semblent avoir été atteintes dans la société industrielle avancée, la réalité continue à se nourrir de paradoxes

(32) Cfr. ALAIN TOURAINE: *Sociologie de l'action*, Seuil, París, 1966, pág. 345.

à mesure que surgissent de nouvelles motivations propres à une société industrielle avancée. Tout ceci indique une continuité historique du syndicalisme. Il est certain que dans le panorama historique d'évolution du syndicalisme, se retrouve le passage de la démocratie politique traditionnelle à la démocratie sociale du XX^{ème} siècle amplement analysée par Burdeau. Le thème se trouve intimement lié au fait de savoir s'il y a eu rupture ou continuité entre la conception politique du XIX^{ème} siècle et la conception syndicaliste du XX^{ème}. Seule une ample perspective et un approfondissement de la lutte des syndicalismes dans différents contextes économiques et politiques, peuvent contribuer à éclairer ce problème complexe. Le syndicalisme a présenté des formes de manifestation variées qui n'ont pas disparu non plus tout à fait dans le cadre du processus actuel hautement unificateur de la société industrielle avancée ou de la société dite postindustrielle. L'histoire et les tendances du syndicalisme aux Etats Unis occupent une place singulière. C'est en fonction de celles-ci qu'il faudra également porter jugement sur la fonction de la grande entreprise et de ladite technostructure avancée de ce pays qui sert une fois de plus de modèle dans la nouvelle Société industrielle aussi bien capitaliste que socialiste.

Son destin étant uni à celui de la technostructure, le syndicalisme en tant que forme sociale dynamique et conflictive continue à vivre une situation "traumatique" et de "désir de synthèse" selon les formules de la nouvelle sociologie allemande. Dans ces conditions, le panorama offre une actualité complètement différente de la perspective historique. Dans l'Etat industriel de la grande entreprise et de la technostructure, le capital et l'épargne ne sont plus les bases de l'entreprise, elles deviennent les bases de la consommation. Dans cette société le capital, l'épargne et les inversions se trouvent en dehors de l'atteinte du consommateur. Une nouvelle perspective s'offre au syndicalisme, afin de surmonter le déclin provoqué par les transformations de la technostructure. Surgit une nouvelle classe ouvrière. Le syndicalisme s'insère dans de nouvelles formes de vie de la nouvelle et grande entreprise. Naît l'idée de l'«institutionnalisation du conflit industriel» c'est-à-dire de l'interdépendance entre l'action politique et l'action syndicale. L'augmentation des centres de pouvoir des technocrates produit une nouvelle "plèbe" à échelle planétaire. Il ne s'agit déjà plus d'une classe prolétaire. Ses conflits ne sont plus des conflits sociaux, sinon qu'ils acquièrent une forme nouvelle, un certain mode fonctionnel et organisationnel. Des conflits naissent de l'idée de protestation devant les mille formes nouvelles de conditionnement de l'homme dans la nouvelle société. Ainsi naît un nouveau mouvement de protestation antitechnocratique, protestation devant la réduction des fins aux moyens et contre la dépolitisation de la classe ouvrière.

S U M M A R Y

Syndicalism today, rather than the result of the history of syndicalism in itself, appears as a search for new goals. Though some economic and social claims maintain their place, it is a different type of ambition that now prevails. This is the result of a new political and cultural mentality of integration and participation in various tasks and of operative changes in an atmosphere conditioned by that universe known as the technostructure. New elements of cultural, economic and productive functionalism, like those studied in their day by the sociologist Parsons and those now analyzed in the work of Dahrendorf, have found their way into the classical history of syndicalism. Syndical action belongs to a new kind of social dynamic, to a real dialectic of modern times. Nevertheless, the conflictive elements remain and the technostructure is unable to eliminate them.

To define the historical function of syndicalism it is advisable to adopt a principle that is at once a starting-point and a destination, because syndical action and political intervention from within and without have, in syndical reality, contributed equally to the institutionalization of industrial conflict. Reality will continue to feed on paradoxes so long as, while "syndical peace" and "industrial peace" appear to have been achieved in advanced industrial societies, new objectives arise as part of an advanced industrial sociology. All of which indicates the historical continuity of syndicalism. The fact is that in the evolutionary process of syndicalism one sees the passage of traditional political democracy to the 20th century social democracy extensively analyzed by Burdeau. The subject is closely connected with the question of whether there has been continuity or rupture between the political ideas of the 19th century and the syndicalist ideas of the 20th. Only a study of real breadth and depth of the struggle of different forms of syndicalism in different economic and political contexts can throw useful light on this complex problem. Syndicalism has taken a number of shapes that have not completely disappeared in the present highly unifying process set in motion by advanced industrial society or so-called post-industrial society. The history and trends of syndicalism in the United States deserve a chapter of their own. The function of the large firm and the so-called advanced technostructure of that country, which once again serves as a model for both the capitalist and the socialist New Industrial Society, should be seen in the light of these trends.

Since its future is bound up with that of the technostructure itself syndicalism, as a dynamic and conflictive social form, continues to live in that state

of "trauma" and "desire for synthesis" of which the new German sociology speaks. When all has been said, however, the picture today is totally different from the historical one. In the industrial State of the large firm and the technostructure, capital and savings are no longer the basis for enterprise but the basis for consumption. In this society capital, savings and investment are beyond the reach of the consumer. Syndicalism has the option of a new approach to enable it to reverse the decline caused by the transformations of the technostructure. A new working class arises. Syndicalism takes its place under new forms in the life of the new large-scale enterprise. The idea of the "institutionalization of the industrial conflict" —that is to say, of the interdependence of political and syndical action— comes into being. The increasing number of the technocrats' power centres produces a new "plebs" on a planetary scale. We are no longer dealing with a working class, a "proletariat". The conflicts are no longer social conflicts; they take on new shapes, a new functional and organizational character. They are conflicts born of protest against the thousand new types of conditioning to which man is subjected in the new society. Thus is born a new movement of anti-technocratic protest, of protest against the reduction of ends to means and against the de-politicizing of the working class.

